

Publicación DiGiTal

DIDASCALIA

DRAMATURGIA

PASTEL DE MANGO O TU NOMBRE DERRUMBADO

MAURICIO NIETO



EDICIÓN 2021

LOS DEL
QUINTO PISO

N | **12**

Publicación DiGiTal

DIDASCALIA

DRAMATURGIA

El Texto incluido en esta edición fue escrito en 2021 y es propiedad intelectual de Mauricio Nieto (maunietoteatro@gmail.com). Para montaje, representación o lectura pública comunicarse con el autor.

Mauricio Nieto



Originario de Cuscatlán, El Salvador. Graduado de la Escuela de Teatro del Centro Nacional de Artes -CENAR- y de la carrera de Periodismo en la Universidad de El Salvador. Fue actor y asistente de dirección en la compañía Escena X Teatro. Despuntó como director de teatro universitario en la Universidad Evangélica de El Salvador. Ha sido director artístico de “Las Tres Prietas Teatro”. Y es profesor de la Escuela de Teatro del CENAR, en la materia de Expresión Corporal y acompañamiento pedagógico en los procesos de montaje.

DRAMATURGIA
DIDASCALIA
Publicación DiGiTal

PASTEL DE MANGO
O
TU NOMBRE DERRUMBADO

MAURICIO NIETO

DIDASCALIA

EDICIÓN 2021

Personajes:

Padre

Hijo

Hombre joven

Abuelo

Una casa con paredes de adobe a punto de derrumbarse. El Padre y el Hijo, sostienen una pared. Del otro lado, el Hombre joven, baja de una escalera y se une a la tarea de sostener.

Al otro extremo, y en el suelo agrietado de la casa, el Abuelo está tumbado. Su cuerpo congelado, rígido como una tabla.

La respiración de todos los hombres se acelera. Un adobe de la pared cae. Una nube de polvo inunda la casa. Los hombres siguen sosteniendo con sus espaldas, brazos y manos.

El Abuelo, poco a poco, va recuperando su movilidad y empieza a retorcer su cuerpo por todo el suelo. Respiraciones, esfuerzos,

gritos, empujones. Reacomodan la pared. El Abuelo, revolcándose, golpea su pie izquierdo contra el suelo. Las respiraciones se aceleran. Otro adobe cae y otra nube de polvo invade el lugar. La escalera cae a los pies del Hombre joven. El polvo se dispersa. Silencio.

SOSTENER Y RETORCER

Abuelo: *(Sigue revolcándose y golpeando su pie contra el suelo).*

¡Ay, Hernández, Hernández!... Sólo a vos te pudo pasar. Maldito animal...

Hijo: El abuelo...

Padre: La pared...

Hombre joven: El polvo...

Abuelo: *(En otro extremo y siempre tumbado en el suelo).* El abuelo, hijo de tu puta madre... El abuelo, el Hernández hijo de perra... Hernández aquí, Hernández aquí... *(Sigue golpeando su pie contra el suelo).*

Hombre joven: El "Hernández"...

Padre: Tu abuelo.

Hombre joven: Su padre. *(Silencio).* Es casi que imposible sostener.

Hijo: Ya vas, ya vas de...

Hombre joven: ¿Y qué si ya voy, o si no, o si nunca he ido? ¿Y qué? La pared, el abobe, la escalera, el polvo y ahora el “Hernández”, con su maldito gesto y forma de pedir las cosas. Que se derrumbe todo, que se caiga el techo, el tabanco, la escalera y todo lo que deba caerse, pero que caiga de una vez.

Padre: Y a vos, ¿qué putas te picó?

Hombre joven: Todo.

Hijo: ¡Ay, anda sensible!... ¡Me duele la cabeza y me dan mareos! ¡El polvo me tapa las narices...!

Hombre joven: Te callás.

Padre: Se callan los dos.

Abuelo: *(Retorciéndose en el suelo).* El Hernández, hijo de perra...

Padre: Papá...

Hijo: Abuelo...

Hombre joven: ... La casa, las paredes... ¿De quién es la culpa?

El padre enfrenta al Hombre joven, le levanta el brazo en ánimo de golpearlo. El Hijo, ríe. El Abuelo se retuerce por el suelo hasta llegar a los pies de los tres hombres.

Abuelo: El Hernández, malparidos. Hernández: aquí...

El Padre redirige sus brazos y recoge al Abuelo, el Hijo le ayuda. El Hombre joven acomoda la escalera.

Padre: Papá, ¿desafiaste al animal?

Abuelo: El maldito animal, no podía dejar que entrara a la casa.

Padre: Pero es ponzoñoso, y no sé qué voy hacer con tu pie, así...

Hombre joven: ... Los pies: las bases. Las paredes...

Padre: ¿Y a vos qué putas te picó?

Hijo: Todo, menos un cantil...

El Padre voltea hacia el Hombre joven, levanta su brazo en ánimo de golpearlo. Una puerta cae y levanta una nube de polvo que les inunda.

CAE LA PUERTA - CAE TU RECUERDO

El polvo se dispersa.

Al fondo, el Padre limpia y venda el pie del Abuelo, el Hijo le ayuda.

El Hombre joven mueve con esfuerzo la puerta y descubre un sobre de papel, pegado rústicamente en la parte trasera. El Hombre joven observa con atención, desprende el sobre y deja

caer varios pedazos de dos fotografías, cortadas a la fuerza por las manos de una mujer.

Hombre joven: *(Uniendo las piezas).* ... Cayó, se liberó... No fue el paro, el temblor o los nervios, los que derribaron tu presencia en esta casa. Te fuiste sin cantares, ni llantos. Nadie dice tu recuerdo. Nadie recogió tu nombre hecho añicos el día que caíste de aquel árbol, mamá. Nadie.

Tu rostro olvidado, aparece como polvo en las paredes de esta quebradiza casa. Tus cabellos, a veces, siento que se enredan en la escalera que me lleva a lo alto de las tejas. Te conté alguna vez que desde tu nombre añico, las tejas empezaron a caer también. Todo empezó a caer, a marchitarse.

Qué soñabas, qué jugabas, qué cantabas que no fuera Dios en tu boca. Que no fuera el hombre a punto de entrar y pedir su comida. La cocina, sin cocina. Me sigo preguntando, mamá... ¿Por qué se agrian los frijoles en la cocina? Se agrian los frijoles, se agrian los sueños.

Te dije alguna vez que el jardín no quiere dar más flores y que la puerta era un árbol hermoso; un árbol grande que daba sombra a toda la casa. *(Toma los pedazos de las fotografías y las lleva a su bolsillo.*

Dirige su mirada al Padre y luego regresa a la puerta). Cayó, se liberó. ¿Qué te hizo caer? ¿La culpa, el miedo, la impotencia, el sermón o las ganas de volar...? ¿Qué fue? ¡Fue todo! (Con esfuerzo mueve la puerta de un lado a otro, levantando una gran nube de polvo).

¿QUÉ HAY CON LA PUERTA?

La nube de polvo se dispersa. El Padre está clavando una puerta, el Hijo amasando el lodo con sus pies, el Abuelo corriendo en círculos alrededor del Padre. El Hombre joven lavando el lodo de un par de botas de adulto.

Todos: *(Cantando).* “Venite niño, cabeza de chiltote... Venite pronto a la manada de coyotes...”

Hombre joven: Los coyotes que devoran sueños. Y vos Flor, ¿por qué tenés tres nombres? Tres nombres tiene la Flor a falta de uno. ¿Cuál es el que vos quisieras tener? Flor, Flor, Flor o Flor de la Flor.

Todos: “Venite niño, cabeza de chiltote... venite pronto, que vienen los malotes...”

Hombre joven: ¿Por qué la gente cuando está grande se hace mala, abuela? ¿Por qué el abuelo y mi papá no sueltan el corvo? ¿Acaso hay culebras y cantiles debajo de sus camas?

Todos: “Andate ya, mono cabrón, cabeza de tetunte... Andate ya, que tenés que trabajar... Trabajar porque tenés boca y con boca no hay quien te mantenga...”

Hombre joven: Yo no quiero, mamá, no quiero ir. El abuelo dice que solo así se hacen los hombres, pero yo no quiero ir. No quiero andar con él, no quiero andar con ellos. Se ríen porque yo prefiero los atardeceres, la horchata de la abuela y el pastel de mango.

El Padre martilla con más fuerza la puerta; habla, pero no se escucha lo que habla. El Abuelo corre en reversa y en círculo, alrededor del Padre. El Hijo sigue amasando el lodo con sus pies.

Hombre joven: Cuando sea grande quiero pintar la casa, quitar esas puertas que cubren la mañana, quiero...
(Toma las botas, avanza y las tira al fondo de una quebrada).

El martillo golpea con más fuerza la puerta.

Todos: *(Todas las voces de los hombres al mismo tiempo).* Se dicen cosas, discuten cosas, se reclaman cosas...

Una teja del techo cae. La nube de polvo invade el lugar, hasta dispersarse.

¿QUIÉN A QUIÉN?

El Hombre joven, con esfuerzo, mueve nuevamente la puerta. El Padre ayuda al Abuelo a caminar con muletas. El Hijo saca unos audífonos y se aísla.

Hombre joven: ... Se cayó y con ella, el recuerdo de tantas cosas... Usted, papá, sabe la razón por la que mamá se cayó del árbol. *(El Padre hace por no escucharle, y sigue con su tarea de ayudar al Abuelo a mantener su equilibrio).* ¿Qué día era? ¿A quién tenía que complacer antes de su caída? *(El Padre guarda silencio. El Abuelo se detiene. El Hijo está aislado en su espacio).* Así como se marchitó el árbol, se marchitó mamá, también. ¿Por qué, papá? *(El Padre no responde).* ¿Por qué todos los árboles de alrededor de la casa fueron cortados para hacer las estúpidas puertas? *(El Padre no responde).* ¿Por qué puertas y no jardines, papá? ¿Por qué después del cumpleaños último de la abuela, decides odiar el pastel de mango? *(El Padre no responde. El Abuelo, sin avanzar, tambalea.)* ¿Por qué las otras casas que hiciste en todo el vecindario no se

caen? Y esta, que es la tuya, ahora se cae a pedazos...
¿Por qué? *(El Padre no responde, respiraciones, el Abuelo perdiendo el equilibrio)*. ¿Por qué mamá no podía salir a dar un paseo y vos te dabas la vida con tus amigos? Luego llegabas y tocabas la puerta... la puta puerta. ¿Qué hay detrás de esta puerta? ¿Qué hay?

El Padre toma la puerta y la voltea de un lado a otro, vacila, luego se dirige al Hombre joven y levanta su brazo en ánimo de golpearle. El Abuelo levanta una de sus muletas y da un fuerte golpe a la puerta. La muleta se rompe. Cae el Abuelo sobre la puerta.

El Padre redirige sus brazos y recoge al Abuelo, el Hijo reacciona y le ayuda al Padre.

El Hombre joven corre en su mismo espacio sin avanzar. Se detiene, se tira al suelo y su cuerpo, como pelotita, rueda alrededor de toda la casa. Viento. Polvo. Tiempo.

LA PUERTA TRAPECIO

La puerta, ahora como trapecio, se balancea. Sobre ella, los hermanos juegan con lodo.

Hijo: Mi casa está quedando mejor que la tuya, hasta doble planta tiene y le voy a instalar aire “condicionado”...

Hombre joven: La mía también está quedando chivasa, le hice un cuarto privado para la mamá Chabe, para mamá y otro para mi hermana...

Hijo: Yo le hice una cocina grande, para que ahí duerman todas las viejas...

Hombre joven: En mi casa hay un río grande para bañarse...

Hijo: A la mía, le voy a poner puertas de madera, para que se vea a la moda, como dice mi papá: ventanas de madera, una mesa grande de madera...

Hombre joven: La mía tiene un gran, gran, jardín. Con flores de colores como le gustan a la mamá Chabe... Claveles rojos, rosados y amarillos. Rosas, de esas de castilla. Geranios. Veraneras. Rudas. Epazote. Yerbabuena para la comida. Y para que todas den olor a la casa. Y que después, lleguen los pájaros mañaneros. Las mariposas. Y tomemos horchata con mi abuela. Con la...

Silencio.

Hombre joven: ...con la Flor... Con mi...

Silencio.

Hijo: Ya vas de...

Hombre joven: ¿Qué...?

Hijo: Ya vas de...

Hombre joven: Pero si no hice nada...

Hijo: Ya vas con tus flores, con tu jardín y tus pájaros. Hací bien la casa...

Hombre joven: Pero si a mí me gustan y a la mamá Chabe también le gustan. Porque ella dice que canta como si fuera pájara aunque trabaja como si fuera burra...

Silencio.

Hijo: Niña...

Hombre joven: Yo no soy...

Hijo: *(Aplastando la casita de lodo del Hombre Joven).* ¡Ni-ña!

Hombre joven: No.

El Hombre joven toma de los hombros al Hijo, su hermano. Le sacude y da un grito que no se escucha.

La puerta trapecio se balancea. Se siguen forcejeando. Se sueltan. El Hijo corre hacia el Hombre joven, se desliza y cae del trapecio.

Un adobe de otra pared cae. Polvo. Gritos de los hermanos.

PAPELES Y HOMBRES

Al fondo, el Padre ayuda al Abuelo a cambiarse de ropa. Le quita la camisa y le pone otra. Le quita la venda y le ayuda a quitarse el pantalón. Le limpia el pie. Lo vuelve a vendar y le ayuda a ponerse el pantalón. Mientras tanto, el Hombre joven recoge los adobes caídos. Los va apilando uno sobre otro hasta formar cuatro patas e improvisa una mesa con la puerta. Observa con atención la pared agrietada. Se dirige a ella y jala con fuerza hasta que cae un sobre envuelto en un plástico negro. Lo toma, lo limpia y lo abre. Lee. Silencio.

Hombre joven: Mamá Chabe: tu nombre, tu tierra, tu casa.

“Hernández”, hijo de puta.

El Hombre joven sube a la mesa-puerta y desde ahí observa con atención al Padre y al Abuelo. Silencio.

El Hombre joven observa con atención al Hijo, su hermano. Silencio. El Hombre joven observa con atención su horizonte. Baja de la mesa-puerta y dibuja en el suelo caminos y veredas en distintas direcciones.

Hombre joven: Terreno, ¿qué es perdonar?... ¿Qué es eso que cuando la casa se derrumba no te dan ganas de arreglarla?

Hermano, padre, abuelo, ¿en dónde han estado?

Casa, ya no guardes. Saca, quema... ya no sientas miedo.

Escalera, deja de ser cobarde. No tengas pena, que la casa es compleja...

¿Qué es la casa, tierra?

Lodo, ¿de qué es la casa?

Puerta, ¿qué son los abrazos?

Piedras, ¿cuáles son los caminos?

Abuela, ¿de quiénes son los árboles sino de las pájaras?

¿A dónde volaron, Abuela?... Flor, ¿a dónde volar?

El viento empieza a azotar. Amenaza una tormenta.

HOMBRES ENFRENTADOS

Llueve con fuerza.

La casa se empieza a inundar. El agua sube hasta llegar a las rodillas de los hombres.

Los hombres se suben a la improvisada mesa-puerta: el Abuelo sentado, el Padre de pie en una esquina de la mesa, el Hijo arrodillado, cubriéndose del azote. El Hombre joven sobre la escalera.

El viento lleva consigo todo lo que le rodea: ropa, hojas, objetos

de la casa, papeles, culebras, sapos, cantiles; todo vuela alrededor de los hombres.

Una amenazante culebra cae a los pies del Abuelo. Alteraciones, respiraciones, azote.

Hijo: Abuelo...

El Abuelo se defiende con su única muleta.

Padre: Papá...

El animal se enrolla en los pies del Abuelo.

Abuelo: Hernández, hijo de perra...

El Padre, toma un palo de madera e intenta defender al Abuelo.

Hombre joven: ¡Sapos y culebras...!

La culebra domina al Abuelo y hace que ruede al centro de la mesa.

Padre: Desafiaste al animal, papá...

Abuelo: *(Defendiéndose con su muleta).* ¿Desafiar? ¡Tu madre!

Trueno.

Hombre joven: La abuela.

El Padre intenta auxiliar al Abuelo.

Abuelo: ¡Hija de su puta madre! Fue ella quien metió todos los animales en mi cabeza. (*Sigue luchando con el animal*).

Hombre joven: ¿Quién es ella?

El Padre trata de auxiliar al Abuelo.

Abuelo: Esa desalmada fue quién me hizo el mal, hija de...

El Hombre joven le quita el palo de madera al Padre.

Hombre joven: ¿Quién es ella?

Abuelo: Esa... hija de...

El Hombre joven pelea con la culebra.

Hombre joven: No, “Hernandéz”. Fuiste vos quien dejó entrar los animales a tu casa.

El Hombre joven libera al Abuelo del animal. La culebra vuela por los aires con la tormenta. Respiraciones.

El Abuelo se va incorporando. Despacio. La tormenta se va calmando. Silencio.

Hombre joven: ¿Por qué regresan los animales a tu casa, Hernández? ¿Qué es lo que les debés?

El Abuelo, sentado, abraza su muleta. El Padre, paralizado. El Hijo se cubre del frío.

Abuelo: Por esa cabrona, hija de...

Hombre joven: ¿Quién es ella? (*Silencio*). No sabés nombrarla. No sabés otra cosa que maldecirla. Por eso los animales te buscan a vos, Hernández.

Abuelo: ¿Qué sabés vos? ¡Culo cagado, incompleto...!

Hombre joven: Es cierto, yo no sé... Porque todo sabe a vos.

Todo lleva tu nombre, "Hernández": la mesa, el comedor, los platos, la taza del café, la puerta, la ventana... y ahora toda la tierra.

La tierra. La tierra.

La tierra de la mamá Chabe.

Por eso las culebras le buscan, "Teniente Hernández".

Abuelo: (*Recuperándose*). Hijo de perra... vos también sos como ella.

Hombre joven: Agarrar algo que no te pertenece es una falta,
Hernández.

Abuelo: Hijo de perra, sos como ella... por eso nadie te quiere.

El Padre se acerca al Hombre joven y levanta el brazo con ánimo de golpearlo. Un trueno seco cae. Una nueva amenaza de la pared. Los hombres toman cuarterones de madera y sujetan el techo para que no termine de colapsar. Tiempo.

ENTRE JUEGOS Y CAFÉ

El Hombre Joven y el Hijo están sobre la mesa-puerta.

El Padre y el Abuelo juegan a las canicas, abajo, en el lodo. Se pelean por las canicas, luchan. Luchan y se escupen la cara. Se piden perdón. Se humillan. Vuelven a luchar. Ruedan por el lodo.

Los hijos, arriba, toman el café.

Hombre joven: ¿Y vos sabés por qué mi papá demora tanto en arreglar la casa? ¡Pero arreglarla de verdad! Él es el único que puede hacerlo.

Hijo: Dice que hará una nueva, pero que ahorita no le alcanza.

Hombre joven: ¿Cómo?... ¿No tiene plata? Mierda, pero si se la pasó ahorrando desde que éramos niños. Se le fue la

vida en ahorrar para la pinche casa y nunca hizo nada...

Hijo: Calmate vos, ya vas de...

Hombre joven: Y qué si ya voy... es la verdad. Vivimos en la casa del “maestro de obra”, y resulta que su casa se derrumba, se cae, se desploma. Ahí no hay honor de Hernández que les salve. ¿Por qué será?

Hijo: Calmate ya, majee, maricón de mierda, poniendo en mal a mi tata. Ni sabés cómo son las cosas y la gran bocota. ¡Sapo!

Hombre joven: Es la verdad. Tanta socazón de tripas, ¿para qué?... ¿Para esto? ¿Vos te has preguntado cómo hacía mamá para que la plata le alcanzara?

Hijo: No viene al caso, bocón...

Hombre joven: Sí viene... ¿Dónde están esos ahorros?

Hijo: Sos como los cantiles, ponzoñoso.

Hombre joven: ¿Por qué las escrituras del terreno están ahora a nombre de Hernández y no de la abuela?

Hijo: Ey, majee... bocón.

Hombre joven: ¿Por qué mamá tuvo que caer del palo de mango, y ahora, al Hernández le atacan los cantiles y las culebras?

Hijo: Ponzoña...

Hombre joven: ¿Vos sabés por qué mi papá ya no tolera el

pastel de mango?

Hijo: Ya vas de... *(Se pone unos audífonos, le da play a una casetera. Música).*

Hombre joven: El pastel de mango que preparaba mamá en cada fecha especial. Tu favorito, mi favorito, el favorito de todos. El favorito de Flor. La única cuerda en esta casa.

¿Por qué se fue?

El Hijo sigue escuchando música.

Hombre joven: ¿Por qué una noche, de calor intenso, Flor decide irse de la casa? ¿A dónde fue? ¿Te dijo algo a vos? ¿Tenés algo que ver en eso, vos?

Hijo: *(Quitándose un audífono).* ¿Qué?

Hombre joven: Flor, ¿para dónde se fue?

Hijo: ¿Cuál Flor?

Hombre joven: ¡Flor... tu hermana, mi hermana, maje!

Hijo: Esa maje malagradecida. Endamada ha de estar.

Hombre joven: ¿Por qué se fue de la casa, así tan de repente? Quizás por algo la estoy soñando en estos días.

Hijo: Y seguís... *(Se coloca nuevamente el audífono y sube la música).*

Hombre joven: Claro que seguiré: con Flor, con mamá Chabe,

con mamá, con la tía Chagua.

¿Por qué vos nunca te preguntás estas cosas?

El Hijo sube el volumen a la música. El Padre y el Abuelo siguen su lucha en el lodo.

LOS QUE FUIMOS - SOMOS

El Padre y el Abuelo juegan a las canicas en el lodo. Se pelean por las canicas. Luchan. Luchan y se escupen la cara. Se piden perdón. Se humillan. Vuelven a luchar, ruedan por el lodo.

Los hijos, arriba, siguen tomando el café.

Abuelo: A ese ritmo no vas a llegar a ningún lado... (*Luchan en el lodo*).

Padre: Tengo que ir, papá, es la única oportunidad que tengo...

Luchan en el lodo.

Abuelo: ¿Y la casa? ¿Cuándo vas a sentar cabeza, hijo de perra?

Rodando en el lodo.

Padre: La casa vendrá después...

Abuelo: ¿Y tu mujer, tus hijos... tus cosas? (*Luchan en el lodo*).

Padre: También vendrán después, ahora sólo quiero...

Abuelo: Vos no querés ninguna mierda...

Padre: Es lo que siempre he querido, papá. Solo llevará un par de años... luego vendrá todo.

Abuelo: Luego nada. Ningún Hernández es comidilla de nadie...

Padre: Pero es que ahora soy yo, no sos vos...

Abuelo: Lo que es con vos, es conmigo.

Padre: No puedo decir no, todo está resuelto, papá...

Abuelo: ¡Hernández, aquí se hace lo que yo digo!

Luchan y se escupen la cara. Se piden perdón. Se humillan.

Vuelven a luchar, ruedan por el lodo.

Los hijos, arriba, siguen tomando el café. Una nube oscura invade la casa.

SOLTAR AL PADRE

Sobre la plataforma de la puerta, el Hombre joven y el Padre están al pie de un acantilado. La marea sube y los hombres quieren seguir su paso. Las olas no les permiten avanzar.

Espuma blanca. El Padre y el Hombre joven, con fuerza, se toman de los hombros y van cambiando de lugar.

Padre: (*Gritando a otro lugar*). Decile que ahí me lo deje sobre la ventana. Ahí está, ¿verdad? ¿Verdad que ha venido a verme?

Hombre joven: ¡Papá, mi mamá ya no está!

Padre: Decile a la Flor entonces... decile que haga café...

Hombre joven: ¡Papá, Flor no vive aquí!

Padre: ¿Y dónde está esa jodida? Niña tenía que ser, desamorada.

Hombre joven: Vos sabés...

Padre: ¿Dónde está cuando se le necesita?

Hombre joven: Vos sabés las razones, papá...

Padre: Vos no sabés una mierda...

El Padre levanta el brazo en ánimo de golpear al Hombre joven. El Hombre joven le toma el brazo y luego los hombros. Lo levanta con todas sus fuerzas y lo suelta al vacío. El Padre cae.

Hombre joven: (*Mirando al horizonte del mar*). Esa tarde, al pie del acantilado, el Hombre Joven soltó al Padre y así liberó a la Madre, y la Madre, por fin, suelta al Padre, y el Padre, no existe. Mi nombre no merece tu apellido, "Hernández".

Las olas bañan los pies y las rodillas del Hombre joven. La marea baja. Tiempo. Las paredes y el techo alcanzan el suelo.

Silencio.

PASTEL DE MANGO

El Hombre joven y el Hijo están sobre la mesa-puerta. Abajo, el Abuelo y el Padre. El Abuelo enterrado hasta las rodillas. El Padre, tratando de avanzar hacia su horizonte, se desliza en el lodo. Los hijos, arriba, toman el café. Una radio suena.

Abuelo: Ninguna lágrima para ninguna mujer.

Padre: ¡No hay lágrima, no hay nada! (*Trata de avanzar, se desliza en el lodo*).

Abuelo: ... Para ninguna.

El Padre avanza y se desliza en el lodo.

Abuelo: Ninguna lágrima para ninguna mujer.

Padre: ¡No hay lágrima, no hay nada! (*Trata de avanzar y se desliza en el lodo*).

Abuelo: ... Para ninguna.

El Padre trata de avanzar, se desliza en el lodo. El Abuelo logra pescar la chamarra de las espaldas del Padre. Un paquete cae de la chamarra. El Padre se detiene, recoge el paquete y retrocede. Los hombres se enfrentan.

Abuelo: Ninguna lágrima para ninguna...

Padre: ... Mujer... (*Pausa. Respiración. Nudo*). Papá...

Abuelo: ... Hernández, hijo de perra.

Padre: ¡Hernández!

Abuelo: ¡Dame ese paquete!

Padre: Hernández, lamento decirle que este paquete no es para usted.

Abuelo: ¡El paquete!

Padre: Yo lamento decirle que...

Abuelo: ¿A dónde vas con ese paquete?

Padre: Adonde se lloran los muertos, Hernández.

Abuelo: Ninguna lágrima para ningún muerto...

Padre: No es cualquier muerto...

Abuelo: Ninguna...

Padre: No es cualquier muerto. Es una promesa.

Abuelo: Los Hernández no le debemos a nadie...

Padre: Aquí sí...

Abuelo: Pues que los muertos entierren a sus muertos.

Padre: No es cualquier muerto, es mi muerta, papá.

Abuelo: Hernández, hijo de perra.

Padre: Hernández, es una promesa.

Abuelo: Los Hernández no creemos en esas mierdas, dame ese paquete...

Padre: No es cualquier muerto... es mi muerta. Y en las noches, cuando el viento silba, ella se hace presente.

Entonces, me recuerda que debo llevarle esto.

¡Hernández, por favor!

Abuelo: ¡El paquete!

Pausa.

La radio suena más fuerte. El Abuelo insiste hasta arrebatarle el paquete al Padre. El Padre paralizado. El Abuelo abre el paquete y saca un pastel, luego lo tira a los pies del Padre. Los hijos, arriba, siguen tomando café.

Hombre joven: A todo esto, ¿vos sabés por qué mi papá vetó el pastel de mango en la casa?

Hijo: *(Bajando el volumen a la radio).* ¿Cómo?

Hombre joven: El pastel de mango que preparaba la abuela Chabe y mamá en cada fecha especial. Tu favorito, mi favorito, el favorito de todos. El favorito de Flor, la única cuerda en esta casa.

Abajo, el Abuelo, ordena al Padre sentarse sobre el pastel. El Padre vacila, pero obedece.

El Abuelo le ordena comer del pastel. El Padre vacila, pero obedece.

Los hijos, arriba, toman el café.

ROMPECABEZAS Y PARED

El viento sopla con brisa de nostalgia.

De los escombros, el Hombre Joven recupera un costal. Del costal, saca ropa de todos los estilos, colores y tamaños. Encuentra los vestidos de las mujeres. Amarra las prendas hasta formar una larga y ancha pared improvisada de tela. Toma la escalera y amarra los extremos de la pared de ropa. El viento trae silbidos. El viento trae hojas.

El Abuelo, con su muleta, hace un esfuerzo enorme por desplazarse contra el viento. La pared de tela se agita con la brisa.

El viento trae silbidos, hojas y prendas de colores.

Un fustán que vuela por el aire, cae en la cara del Abuelo.

El Abuelo, en fallidos intentos por quitarse el fustán de la cara y la cabeza, pierde el equilibrio y rueda por el suelo. El Padre corre en auxilio del Abuelo, lo levanta con esfuerzo.

Tiempo. Una colorada tarde cae. El viento trae hojas secas y silbidos. El Padre carga al Abuelo como un bebé.

El Abuelo tiembla como un niño. El Padre arrulla a su padre.

La pared de tela, imponente, sobre los escombros.

El Hombre Joven baja de la escalera. Observa a detalle la pared, luego toma una pala.

Tiempo.

Y QUÉ SI YA FUI...

Al fondo, el Padre da de comer al Abuelo. El Abuelo, como un niño.

El Padre le da de comer en la boca a ese niño.

El niño hace berrinche. El Padre lo consiente.

El Padre le da cucharadas de leche al niño.

El Padre, cargándolo, le da palmadas en la espalda. El niño eructa.

El Hombre joven, con una pala, remueve restos de lodo del invierno. El Hijo está enterrado de cabeza hasta su pecho. Pies rígidos hacia el cielo.

Hombre joven: Bien decía la tía Chagua, que *quien por su gusto muere, que lo entierren parado, o de cabeza... ¿O, cómo era...?*

La tía, ¿verdad vos?, me gustaba porque era bien pelada. Quizás también por eso la estoy soñando a ella, fijate. Bien raro, como que me quisieran decir algo. Al menos, los sueños bonitos, eso sí.

Sabés de qué me estaba acordando también... pues, de Tomate. ¡Sí!, el Tomate. Tomasino, Tomasón, como le decía la mamá Chabe. Te acordás que desde que se murió Tomate, ya no volvimos a tener chuchos en la casa. Lástima, porque sí que hacen falta en la casa. Ahora hay chuchos, pero de otra clase.

Mamá Chabe decía que los chuchos bien saben cuándo se van a morir. Decía que una señal es que el chucho come tierra. Y ella vio al Tomate comiendo tierra del patio de la casa. La pobrecita, después de eso, entró en crisis... “Ay, mi Tomate, mi Tomatillo, Tomasón...”, decía desde la cocina, porque de ahí no salía esa señora. *(Sigue removiendo y apilando el lodo. Detiene su actividad)*. Ahora, en la mañana, el Hernández estaba comiendo tierra, fijate. Bien raro se está poniendo el viejo. Primero los cantiles, después las culebras, luego los fustanes y ahora la tierra. El Hernández, con su maldito gesto y forma de pedir las cosas, tan... tan... Te acordás que mi abuela decía que en el destacamento militar, al Hernández lo enterraban hasta la cintura, como castigo por desobediencia. No sé qué es lo que no hacía bien, porque seguido lo castigaban.

En una de tantas, contó la abuela, que una vez a ella le tocó desenterrarlo, porque sus compañeros lo enterraron en el patio de esta misma casa. Te imaginás esa mierda... ver al Hernández enterrado como un palo. “Mejor ahí lo hubieras dejado...”, le decían mis tías... y se carcajeaban.

Qué ganas las de esas señoras... Lástima que vos nunca las visitabas en la cocina. A mí, porque me

valió... la verdad. Total...

Me gustaba ayudarles a tostar la horchata, a moler, a envolver tamales, a hornear... *(Pausa)*.

Qué... me vas a decir que ya voy de... Pues, siempre he ido, fíjate... siempre. Si mis tías y abuelas fueron, yo también ya he ido. Así que ya fui, ya he ido, y ya iré también. Al menos de hambre no me voy a morir, como decían ellas, y razón tenían.

El que por su gusto muere, que coma tierra o que coma mierda... O, ¿cómo era esa frase de la Tía Chagua? Cosa sería esa señora.

El Hombre joven termina de remover el lodo.

El Hijo se desentierra con esfuerzo, luego rueda a los pies del Padre y le jala de los pantalones.

El Padre carga al Abuelo como un niño. Brisa suave.

El Hombre joven saca de una bolsa plástica una mudada de ropa. Se cambia. La ropa vieja la amarra a la pared de tela.

UMBRAL

El hombre joven, ahora con apariencia más joven, se encuentra en el umbral de las ruinas de aquella casa. Mueve la escalera y la ocupa de camino.

El Abuelo está tirado boca abajo en el suelo. El Hijo está sentado entre los escombros. El Padre está intentando poner la puerta en su viejo sitio, haciendo esfuerzos por sostener. El Hombre joven toma su mochila, revisa los bolsillos y saca una bolsa con algunas monedas. Aprieta con fuerza las monedas y se dispone a salir.

Hombre joven: *(Sobre la escalera).* Una teja, una viga, una ventana, una puerta fina. Una casa sin que nadie te detenga.

Lodo, polvo, espuma, olor a café, animales, pies. Pies, bases, paredes.

Todo pesa. Todo eso es muy pesado.

(Entierra los restos de recortes de fotografías).

Un sendero, el olor de las flores, tus voces mamá, abuela, tías, hermana... Todo eso va conmigo, junto con las rosas de castilla, las margaritas, la horchata, el sabor a mango. Hasta el invierno y el verano caben en mi mochila.

El Hombre joven empieza a caminar sobre la escalera, la ocupa de camino.

El Hombre joven da un paso y otro paso. El viento canta con los pájaros en pleno vuelo. El Hombre joven camina, camina hasta

*desaparecer. El viento silba murmullos de la abuela, la madre,
las tías. El viento trae risas y olores de pan horneado.*

Los Del Quinto Piso

15 años de Teatro

Publicación al cuidado de Jorgelina Cerritos y Víctor Candray
El Salvador 13 de octubre 2022